



# NOVEDAD HIT POINTS

LECCIONES DE UNA VIDA DEDICADA A LA GUERRA

**MARK OWEN**  
Y KEVIN MAURER

CRÍTICA

MARK OWEN  
Y KEVIN MAURER

# NO HAY HÉROES

Lecciones de una vida dedicada a la guerra

Traducción castellana de  
Cecilia Belza

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2014

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2022

*No hay héroes*

Mark Owen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *No hero*

© Mark Owen, 2014

© de la traducción, Cecilia Belza, 2014

Todas las fotografías proceden de la colección de los autores

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-445-9

Depósito legal: B. 10.700-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Limpergraf



# Capítulo 1

---

## Ganarse la camiseta

### Un propósito

No era más que una camiseta negra.

Talla mediana, cien por cien algodón.

En la parte delantera tenía estampado un esqueleto con traje de neopreno que se arrastraba por la playa. Sostenía en las manos un M-16 y en el cinturón llevaba un cuchillo. El esqueleto salía del mar y las oscuras olas rompían a su espalda. En la parte izquierda de la camiseta, a la altura del pecho, se veía el tridente de los SEAL. Aquel tridente era la razón de haber comprado la camiseta.

Recuerdo el día en que llegó por correo. No se podía conseguir otra igual en las tiendas del pueblo de Alaska donde me crié. La estrené en ese mismo momento y la llevaba prácticamente a diario. Si estaba limpia por la mañana, yo me la ponía.

Para el resto de la gente, no era más que una camiseta que yo usaba siempre. Pero para mí simbolizaba mi meta en la vida. Cada vez que me la ponía, se renovaba en mí el deseo de convertirme en SEAL. La metí en la maleta y terminé de guardar el resto de la ropa —incluido un traje prestado y unos zapatos de vestir— y me encaminé hacia la pista de aterrizaje. Me dirigía a un congreso en Washington DC para «futuros militares». Esto sucedió en 1992 y aún hoy desconozco cómo conseguí la invitación, pero lo más probable es que viniera de uno de los muchos reclutas con los que había charlado sobre mi voluntad de ser un SEAL.

La pista de aterrizaje estaba en las afueras del pueblo y era nuestra única vía de contacto con la «civilización», si es que tal cosa existe en alguna ciudad de Alaska. La gente acude allí por el estilo de vida fronterizo. Quien desee comodidades, que se quede en los 48 estados del sur.

Vi cómo la avioneta planeaba sobre los árboles, en el otro extremo de la pista, y se disponía a tomar tierra. Cuando el piloto y un grupo de cazadores recién llegados hubieron descargado, abracé a mis padres junto a la nave que hacía las veces de terminal de aeropuerto.

Para mí, viajar fue una novedad. Era la primera vez que salía de Alaska yo solo; mi primer viaje a Washington DC. Pero, de entre todas las novedades, la más emocionante fue que conocería a mi primer SEAL.

En mi pueblo de Alaska, todo el mundo sabía que yo quería ser un SEAL. Había hablado de ello con mis amigos y lo había soñado por las noches. Leía todos los libros que encontraba sobre ellos.

No supe nada del Equipo SEAL ■■■ hasta leer *Rogue Warrior*, de Richard Marcinko. A él se lo conocía también por los sobrenombres de «Demo Dick» y «el hombre tiburón del Delta». Operó en Vietnam y más adelante puso en marcha el Equipo SEAL ■■■. *Rogue Warrior* cuenta el proceso de creación de la unidad. Si damos crédito al libro, todo SEAL puede levantar 225 kilogramos en el banco de musculación y comer cristal. Yo, por encima de cualquier otra cosa, quería demostrar que también era capaz de hacerlo. Salvo lo de comer cristal.

Por entonces, ser SEAL me parecía algo sencillamente genial. Sabía que la instrucción sería dura, pero mi propia juventud me impedía calibrar realmente la medida. Sin duda, ignoraba la cantidad de sacrificios que debería hacer. Yo solo deseaba ser como los chicos de los libros que había leído y, para entonces, con eso me bastó para continuar.

Fui afortunado. Descubrí mi propósito muy pronto. No creo que lo comprendiera desde el principio, pero en cuanto supe de la existencia de los SEAL, reconocí que eran mi meta, por el reto. Si entonces me hubieran preguntado *por qué* quería unirme a ellos, en la lista de razones figuraría el sentido del deber, pero no en primer lugar. El primer lugar lo ocupaba la necesidad de demostrarme a mí mismo que podía superar con éxito el entrenamiento más difícil del Ejército de Estados Unidos. ¿Por qué razón desearía algo fácil? Si fuera fácil, lo haría todo el mundo. Hoy, echando la vista atrás, no entiendo bien los motivos por los que necesité probarme a mí mismo. Yo solo sabía que, tras leer los libros de historia, decidí que los SEAL siempre destacarían por ser los más duros y los más desafiantes. Imagino que pensé que, ya que iba a ingresar en el cuerpo militar, mejor hacerlo a lo grande.

El piloto me ayudó a cargar el equipaje y subí a la avioneta. Saludé a mis padres con la mano desde el estrecho asiento en la parte posterior mientras nos posicionábamos para el despegue. Mi familia no era rica, pero mis padres ofrecieron pagar los gastos del billete y dos militares veteranos de nuestro pueblo me costearon lo demás.

En el aeropuerto de Anchorage saqué el itinerario del viaje y lo repasé, una vez más. Antes de llegar a la conferencia del SEAL, tendría que soportar algunas visitas a los monumentos nacionales y escuchar charlas sobre el Ejército y las Fuerzas Aéreas.

Pero merecía la pena si era por conocer a un SEAL.

Llegué a Washington y enseguida me adapté al ritmo del congreso. Nos

llevaron al Pentágono, en absoluto tan frío como en las películas. De hecho, no es más que un edificio de oficinas con una forma desacostumbrada. También visitamos los monumentos a Lincoln y el de Vietnam. Por el momento, nada mantenía mi interés. Me desconcertó la enorme cantidad de nombres que aparecían en el monumento de Vietnam, pero la impresión perdió fuerza porque yo no había conocido la pérdida como sí me sucedería años más tarde en Irak y Afganistán. Visto con perspectiva, entonces no tenía la menor idea de que algún día pondría mis ojos sobre una lista de nombres como la del muro y comprendería el significado de perder amigos íntimos y compañeros de equipo. Ahora, al visitar el muro, soy consciente de aquella gravedad. Pero entonces, solo me interesaba conocer al SEAL.

Todo estaba programado al minuto y cada mañana al vestirme veía mi camiseta, perfectamente doblada aún. La reservaba para la charla del SEAL.

La sesión era a primera hora de la tarde, así que, después del típico aperitivo de congreso con bocadillos y galletitas, acudí rápidamente a la sala de reuniones donde hablaría el SEAL. Por desgracia, en la misma puerta me dijeron que el aforo estaba completo.

La sala estaba a rebosar de gente, pero vi aún algunas sillas libres. Intenté convencer a la responsable de la puerta. Formaba parte del grupo de acompañantes y organizadores que nos guiaron aquella semana. Me pareció que le habría gustado dejarme entrar, pero los asientos estaban contados.

Se disculpó, aunque se mantuvo firme.

Fuera se estaba formando una pequeña aglomeración. La charla del SEAL era la marca de identidad de aquellos días. El conferenciante estaba dentro, de uniforme, hablando con los guías más jóvenes. Se acababa el tiempo. Consulté mi itinerario y busqué entre las otras sesiones, pero nada era comparable. No sabía qué hacer. Había volado más de 6.500 kilómetros para escuchar aquella conferencia. En aquel momento, todo el viaje se había echado a perder. Me sentí hundido.

La sesión estaba a punto de empezar, cuando la señora de la puerta me hizo señas para que me acercase. Me dijo que permitirían la entrada a unos pocos más y me acompañó hasta el interior. Solo quedaba sitio de pie. Encontré un hueco en la parte trasera y aguardé a que el SEAL empezase.

Iba vestido con un uniforme de camuflaje verde, un pasamontañas negro recogido en el cuello y los pantalones metidos por dentro de unas botas especiales para la selva, de color también verde y negro. El corte de pelo era más largo de lo esperable en un militar, sin greñas, pero tampoco el rapado al cepillo tan popular entre los marines. Transmitía cierto aire de engreimiento, un hecho que yo solo sabría reconocer pasados unos años. Más petulante que seguro, aquel SEAL no supo ver que su actitud no resultaba agradable.

Empezó la charla con la típica exposición sobre los SEAL. Los SEAL son la principal fuerza de operaciones especiales de la Marina. El acrónimo

SEAL responde a la capacidad de esta unidad para operar en el mar, en el aire y en tierra (*Sea, Air, Land*). El presidente John F. Kennedy consideró necesaria la existencia de fuerzas de operaciones especiales para combatir en guerras de guerrillas y creó el SEAL a partir de las Fuerzas Especiales del Ejército. En el discurso de 1961 en que anunció los planes para mandar a un hombre a la Luna, Kennedy también expuso su intención de invertir 100 millones de dólares en la creación y el adiestramiento de unas fuerzas de operaciones especiales.

Integrados al principio por miembros de los equipos de demolición submarina, los grupos SEAL tuvieron como destino Vietnam, donde trabajaron con la CIA y prepararon emboscadas para ralentizar las líneas de abastecimiento en el delta del Mekong. Se ganaron el mote de «caras verdes», por la pintura facial de camuflaje que acostumbraban a usar en sus misiones.

A lo largo de la hora que duró aquella presentación, yo no me perdí una palabra. El conferenciante contó historias sobre el adiestramiento durante el curso básico de demolición submarina/SEAL, también conocido como «BUD/S». Insistió en lo exigente y esforzado de aquella instrucción, donde nada era fácil, desde los gélidos entrenamientos de natación en el océano hasta las extenuantes carreras sobre la blanda arena de la playa. Aquellas historias me sirvieron de acicate.

Tras el turno de ruegos y preguntas, nos tomamos un pequeño descanso antes de continuar. Yo corrí escaleras arriba, a la habitación del hotel, para ponerme la camiseta negra de los SEAL. Quería que me fotografiasen con él y pensé que, en ese caso, mejor llevar puesta mi camiseta preferida. De vuelta en la sala, el SEAL continuaba allí, charlando y atendiendo preguntas.

Yo aguardé mi turno, pacientemente.

—Hola, ¿puedo hacerme una foto con usted? —le pregunté, mientras le daba la mano.

Él sonrió y me pasó el brazo por detrás de los hombros. Si me hubiera dicho que me afeitase la cabeza y caminase hacia atrás el resto de la semana, yo lo habría hecho. Justo antes de que uno de los guías tomase la foto, él se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Oye, debes saber que cuando no eres SEAL y llevas una camiseta SEAL, lo normal es que te caiga un palo.

Yo sonreí y le di las gracias, pero en ese instante mi único deseo era quitarme la camiseta. Corrí a la habitación del hotel y la enterré en el fondo de la maleta. No volví a llevarla jamás. De vuelta en casa, la dejé en el fondo del cajón de la cómoda. Lo mío no era una pose; sencillamente, aún no había tenido la oportunidad de demostrar mis capacidades. El comentario me humilló menos de lo que avivó mi pasión por convertirme en un auténtico SEAL. Tuve la sensación de que, con aquella prenda, me había traicionado. Entonces tomé conciencia de que mi deseo de ser un SEAL no era una fantasía adolescente. Era lo

único que imaginaba dando verdadero sentido y propósito a mi vida. Quería ganarme el derecho a llevar esa camiseta.

Una vez hube reconocido que mi propósito era ser un SEAL, no desistí en mi empeño. Echando la vista atrás, creo que mis padres me enseñaron que tener un propósito en la vida y cumplirlo era importante. Mis padres eran jóvenes cuando su propósito los llevó a Alaska, y yo sabía que eso implicaba sacrificios y trabajo duro.

Mis padres eran misioneros. Su fe los llevó a trasladar a nuestra familia desde California a Alaska, lejos de cualquiera de las comodidades de una ciudad. Vivir en una aldea no era sencillo, pero eso a mis padres no les importó. Para los estándares acomodados de Estados Unidos, allí todo el mundo era pobre, aunque en realidad solo se trataba de llevar una vida más sencilla.

Vivíamos en una casa de dos plantas, a unos 100 metros de un río. Desde la puerta veía alces con tanta frecuencia que ya no me llamaban la atención. Había estación de televisión y no de radio. Nuestra casa disponía de agua y de electricidad, pero no de calefacción central. Para calentarnos en los meses más fríos, disponíamos de una enorme estufa de hierro en el salón. Mi padre debía de levantarse en plena noche para vigilar que el fuego continuase encendido.

Al lado de la estufa había una enorme tolva. En invierno, yo era el encargado de mantenerla llena de madera. Partía los troncos y me ocupaba de arreglar el montón de leña del porche. Cuando la reserva de la tolva empezaba a disminuir, salía al porche a por otra tanda. Para mí, las tareas de casa no eran una forma de conseguir dinero de bolsillo. Nunca nos pagaron. Formaban parte del esfuerzo familiar, en equipo, para sobrevivir en Alaska.

Una de las primeras cosas que ya recuerdo haber aprendido en la escuela de primaria es a encender fuego. En nuestras clases no se limitaban a enseñarnos a leer y escribir, sino que adquiríamos conocimientos de supervivencia. En mi grupo de tercero, cada alumno disponía de 2 cerillas para encender un fuego de supervivencia usando la corteza de los árboles que había en los alrededores del colegio. Teníamos que conseguir que fuera lo bastante grande para calentarnos en un día de invierno. Los ejercicios estaban pensados para que aprendiéramos las técnicas de supervivencia básicas que necesitaríamos si nos perdiéramos o estábamos en apuros. Las zonas salvajes de Alaska pueden resultar muy peligrosas si uno no sabe qué hacer, y el camino de ida y vuelta al colegio puede entrañar riesgos.

Mi escuela de secundaria se componía de un vestíbulo y seis habitaciones. Éramos unos setenta niños, desde 7.º curso a 12.º; en mi último año, fuimos tres alumnos en clase. Yo me gradué como *valedictorian*,\* pero no podría decir cuál era mi promedio. La mayoría de mis intereses estaban fuera del aula.

\* En Estados Unidos y Canadá, el *valedictorian* es el alumno que pronuncia el discurso de clausura a final del curso; suele coincidir con quien ha obtenido las mejores calificaciones académicas. (*N. de la t.*)



Cazaba siempre que podía. De adolescente, mi padre me permitía usar el bote de la familia para remontar el río en mis largas acampadas y salidas de caza. Yo deseaba exteriores y acción, lo cual condicionó probablemente mi objetivo de ser un SEAL. Nunca quise tener que manejarme entre semáforos, tráfico, ni llevar traje para acudir al trabajo cada día. La idea de trabajar en un cubículo sonaba a sentencia de muerte.

Compré mi primer rifle de asalto en la escuela, a mi profesor de historia. Era un AR-15, la versión civil de la M-4 militar. Había conseguido el dinero haciendo trabajos de mantenimiento para la gente del pueblo y como empleado en la construcción durante el verano. En el cambio de clase, le pagué a mi profesor 700 dólares, cogí el rifle y lo guardé en mi taquilla hasta terminar la jornada. Cuando sonó el timbre, lo encajé en la parte trasera de mi trineo y fui a casa. Sí, en invierno iba al colegio en trineo.

Todo aquello que no podíamos obtener de la tierra, lo adquiríamos en las dos tiendas del pueblo o en el viaje semestral de aprovisionamiento a Anchorage. Al vivir tan lejos de la ciudad, los comestibles eran más caros. En el pueblo, la leche costaba 1,62 dólares el litro, así que mis padres compraban leche en polvo, más económica.

La leche en polvo se vendía en unos envases enormes; demasiado grandes para la alacena de la cocina. Para facilitar el manejo cotidiano, mi madre la dividía en raciones más pequeñas y la guardaba en bolsas de plástico. Hacía lo mismo con otros productos a granel, como por ejemplo el jabón de la colada.

Una mañana me preparé un gran tazón de cereales. Mi madre estaba en la cocina, ocupada con unas tortitas para mi padre. Mientras yo vertía la leche sobre mis cereales, la masa burbujeaba y las tortitas iban tomando un aspecto esponjoso.

Me senté a la mesa y comí unas pocas cucharadas, pero no sabían bien. Removí los cereales y hubiera jurado que había espuma. Me estaba poniendo en pie para vaciar la taza cuando mi padre me detuvo.

—Cómetelo —me dijo—. Es solo la leche en polvo, tiene este sabor.

Yo intenté protestar.

—No, no es eso —respondí—. Es que sabe raro, como a jabón.

Nunca me ha gustado el sabor de la leche en polvo, pero en aquel lote pasaba algo raro. Engullí todo el contenido del tazón, cucharada a cucharada. Al cabo de un rato, mis papilas gustativas habían muerto. Solo notaba el sabor jabonoso y agrio de la leche. Las tortitas de mi padre aparecieron al poco de haber terminado yo mis cereales. Les dio un bocado y lo escupió.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre.

Retiró a un lado el montoncito de tortitas que estaba sirviendo a mi hermana y batió la masa enérgicamente. Luego cogió la bolsa de plástico y la olfateó.

—Creo que he usado el detergente de la ropa en lugar de la leche en polvo —dijo, con una sonrisita avergonzada—. Con razón burbujeaban tanto las tortitas.

Mi madre se echó a reír, y luego se le unió mi padre. Cuando se dieron cuenta de que me había comido una taza de cereales con agua jabonosa, rieron aún más. Yo quise sumarme, hasta que empezó el dolor de estómago.

Mi madre tiró la masa y se dispuso a preparar otra. Cuando me ofreció otra taza de cereales, la rechacé. El estómago me subía y me bajaba y estuve todo el día con la tripa llena de burbujas.

La vida en Alaska era dura y no siempre por comer cereales jabonosos. En mi educación nada era normal, pero mis padres eran plenamente conscientes de los sacrificios que estaban haciendo. No tenían por qué tragarse la leche en polvo, que sabía tan mal, ni vivir en un pueblo remoto en la agreste Alaska. Ellos escogieron una vida más dura que la de la mayoría porque era la única forma de alcanzar su propósito en la vida: ser misioneros y difundir su fe. Soy consciente de que me contagiaron su capacidad de entrega. De ellos obtuve los valores que me permitirían destacar en la Marina.

Mis padres me llevaron por un camino distinto al habitual del pueblo. La gente no se marchaba de allí. Buscaba trabajo en la construcción durante el verano y luego, en invierno, vivía de la tierra y de los ahorros. Mis padres me animaron a soñar a lo grande y a descubrir mi propio camino. En mi grupo de amigos, yo era de los pocos con planes para hacer algo más que seguir en el pueblo.

Mi padre siempre fue justo y nunca me empujó a hacer nada que considerase fuera de mi alcance. De modo que, cuando me pidió que intentase ir a la universidad, al menos un año, antes de alistarme en la Marina, tuve que respetar su deseo. Él era de la generación de Vietnam y no quería que me sucediera nada malo, pero creo que también comprendía mi pasión por el servicio porque era la misma que él demostraba en su obra como misionero.

Así que hicimos un trato.

Al terminar la secundaria, me matriculé en una pequeña universidad del sur de California y me comprometí a terminar, al menos, un curso. Pero no pensaba quedarme ni un día más. Tras ese primer año, tenía previsto alistarme y cursar el BUD/S.

El primer curso pasó volando y mi padre estaba en lo cierto. La universidad era divertida. La experiencia de vivir fuera del pueblo fue realmente fascinante. Mi promedio no batió ningún récord, pero lo estaba pasando bien y hacía nuevos amigos. Le había prometido un año y sin embargo decidí quedarme y terminar la carrera.

En mi escuela no ofrecían ningún programa ROTC (Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva de la Marina) y los programas más cercanos no contaban con acuerdos de asociación. El programa del Ejército de la Cal

State Fullerton, una universidad de California, aceptaba estudiantes de las universidades vecinas, y decidí matricularme.

El ROTC es un programa universitario para formar a oficiales. Los estudiantes asisten a cursos de ciencia militar, salen juntos y comparten la instrucción. Es habitual que una vez a la semana los alumnos ROTC acudan a la facultad de uniforme. De día yo participaría en las clases de mi universidad y por la tarde me desplazaría a la Cal State, para asistir a los eventos y las lecciones de ciencia militar. Mi objetivo no era convertirme en oficial o ingresar en el Ejército. Solo quería llevar el uniforme; me hacía sentir orgulloso.

Tras mi primer año de estudios, los instructores del ROTC me propusieron asistir a la Escuela Militar de Aerotransportados de Fort Benning, en Georgia. Yo había destacado en el primer trimestre y creyeron que, con este caramelo, no solo continuaría en el programa sino que también me convencerían para solicitar una beca y, más adelante, ingresar en el cuerpo de oficiales del Ejército.

Aproveché la ocasión de ir a la escuela de paracaidismo, que es como mucha gente denomina al programa de entrenamiento de los aerotransportados. Había leído suficientes libros como para saber que los SEAL mandaban a los chicos directamente desde el BUD/S para la capacitación de aerotransportados. La consideré una oportunidad para terminar pronto las tres semanas de capacitación. Antes de irme, me cortaron el pelo como al resto de mis compañeros.

La primera mañana nos levantamos al amanecer y formamos en el campo de prácticas, cerca de los barracones. El sol asomaba por encima de los pinos y el aire ya estaba húmedo y pegajoso. En el segundo ejercicio, mi camiseta gris del Ejército se había empapado por completo.

Todos teníamos el mismo aspecto —camisetas grises, pantalones negros y pelo al cepillo— salvo un pequeño grupo de muchachos que llevaba el pelo más largo y vestía camisetas marrones. Después del entrenamiento volví a encontrarme con ellos, de uniforme, y me fijé en que en el bolsillo izquierdo llevaban unas etiquetas de la Marina de Estados Unidos con el nombre. Tenían que ser SEAL.

Los SEAL permanecían juntos durante el entrenamiento. Observé cómo los instructores corregían a uno de ellos y le ordenaban realizar diez flexiones como penalización. En cuanto empezó, sus compañeros se le unieron. Gritaban las repeticiones a la vez: «Una, dos, tres...». Nadie se les acercaba, a pesar de que yo me moría por preguntarles sobre el BUD/S.

Para ser franco, lo cierto es que deseaba *ser* ellos.

Durante la segunda semana de instrucción, conseguí hablar por fin con uno de los SEAL. Era la hora de la comida y el único sitio libre estaba frente a mí. Al principio no cruzamos palabra; tan solo un saludo. Yo me sentía demasiado cohibido para iniciar una conversación. Pero finalmente, después de unos bocados, el SEAL habló.

—Oye, amigo ¿puedo preguntarte una cosa? —interrogó él.

A diferencia del SEAL que había conocido en Washington, este era más flaco, con el pelo más corto. Estaba inclinado hacia delante y transmitía confianza, no arrogancia.

—Claro —respondí.

Yo estaba emocionado de hablar, por fin, con uno de ellos. En realidad, me habría gustado poder formular yo las preguntas. Quería saber muchas cosas, sobre todo al enterarme de que él acababa de terminar su instrucción. Pero mientras yo contemplaba mi futuro, el SEAL solo veía a otro cadete jugando a soldados durante tres semanas.

—¿Qué pasa con vuestros cortes de pelo? —dijo el SEAL—. Es que no lo entiendo. ¿Por qué lo lleváis así?

Dejé de comer.

No podía creer que estuviera preguntándome aquello a mí. La pregunta no tenía mala intención ni pretendía ser burlona. Parecía sentir auténtica curiosidad, lo que lo hacía aún peor. Si se hubiera reído de mí, al menos habría tenido motivos para enfadarme.

—No sé, tío —dije yo—. La verdad es que no lo sé.

Intenté cambiar de tema enseguida y hablar del BUD/S. No me apetecía lo más mínimo charlar de algo que no entendía. Y me sentía incómodo, violento incluso.

Antes de que la conversación hubiera concluido, yo ya había tomado mi decisión: había terminado con el Ejército. Regresé a California y devolví el uniforme y las botas, sin frotar hasta dejarlas relucientes. Mi corte al cepillo estaba empezando a crecer.

Cuando terminé con el papeleo, uno de los oficiales me detuvo:

—¿Está usted seguro de querer marcharse? —dijo el oficial—. Necesitamos buenos cadetes y me fastidiaría mucho verlo partir.

—Yo no puedo hacer esto —le respondí al final.

El instructor intentó convencerme.

—Usted es un gran cadete —continuó—. Solo los mejores van a la escuela de paracaidismo.

Agradecí el cumplido, pero no quería quedarme en el Ejército.

—Quiero ser un SEAL —respondí—. Sueño con ello desde niño.

Sabía que en aquel momento asumía un riesgo. Al dejar el ROTC, perdía la opción de conseguir una beca. Pero merecía la pena y, a mi juicio, hay ocasiones en que una meta solo se puede alcanzar si uno está dispuesto a arriesgarlo todo. Ahí están mis padres y su traslado a Alaska, lejos de la familia y de cualquier apoyo, para conseguir sus metas. Lo mío había dejado de ser una idea atractiva; se había convertido en el faro que orientaba las decisiones de mi vida.

Estoy seguro de que a muchos de los chicos que acabaron siendo mis compañeros de equipo les había pasado lo mismo. Todos queríamos formar parte de algo más grande. Yo me había desviado del camino y perdí de vista lo que realmente quería.

Cuando firmé por fin el contrato de alistamiento en la Marina, tuve que decidirme por una universidad «A», que significaba, básicamente, escoger mi trabajo si suspendía el BUD/S y no llegaba a ser un SEAL. El reclutador me quería mandar al sector de la energía nuclear, también llamado «*nuke*», para que trabajase con los reactores que impulsarían los submarinos y los portaaviones. El curso duraba 18 meses. Sabía que, probablemente, los reclutadores conseguían una bonificación especial por colocar a la gente en los programas más duros, pero yo no quería esperar tanto tiempo para iniciar el BUD/S.

—¿Cuál es el curso más corto disponible? —pregunté al reclutador.

Hojeó sus archivos y encontró una tabla con las especificaciones de todas las universidades. Repasó la lista con el dedo, se detuvo y levantó la vista hacia mí.

—Torpedista. Siete semanas —dijo, resignándose a no incluirme en el *nuke* ni incrementar las cifras.

Yo pasaría un par de meses encerrando torpedos hasta que llegase mi oportunidad, o eso esperaba, de presentarme al BUD/S. No había dedicado mucho tiempo a pensar qué sucedería si me rechazaban. Cuatro años como torpedista me habrían vuelto loco y quizá me habrían apartado de la Marina incluso. En aquel momento, no tenía plan B.

Me fijé unos objetivos superiores a los considerados viables para un niño de Alaska pero, en mi interior, yo sabía que lo conseguiría o moriría en el intento. No quería llegar a viejo y arrepentirme de no haberlo intentado.

Trabajar, por fin, para alcanzar mi máximo objetivo de convertirme en SEAL resultaba reconfortante. De mis padres había aprendido la capacidad de sacrificio. Ellos me enseñaron el significado de vivir para algo más grande que uno mismo. Me aparté del camino al matricularme en el ROTC. Hizo falta aquella comida en la escuela de paracaidismo para devolverme a la pista. Al mirarme en el espejo, veía a alguien con el impulso y la disciplina necesarios para lograrlo. Veía a alguien con un propósito. Solo necesitaba una oportunidad para demostrar que estaba a la altura. Supe que nada en mi vida tendría sentido a menos que pusiera en ello todo mi empeño.

—Siete semanas —dije—. Inscríbame.